

EL SEÑOR Y LA SALUD
2 Reyes 5

Por J. Ronald Blue

Estaba charlando con mi hermano mayor que es médico. En la conversación me dijo algo que para mí fue revolucionario. “No podemos sanar a nadie,” mi hermano Roberto me dijo, “Podemos ayudar en el proceso pero sólo Dios puede sanar.”

Nunca había pensado en eso. Dios es el único que sana. Los médicos pueden recetar medicinas y hacer cirugías pero no tienen la habilidad de sanar. Toda sanidad viene del Señor.

Enfrentamos una plaga enorme que ha afectado miles de personas en más de 145 países que lleva por nombre “Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida” o sea el SIDA. El SIDA es uno de los problemas de salud más serios, si no el más serio, que ha enfrentado el ser humano.

Francamente, hasta ahora, la iglesia y los que formamos el cuerpo de Cristo no hemos hecho mucho para ayudar en este gran problema. Generalmente hemos procurado evitarlo y peor todavía juzgamos a todos los infectados como grandes pecadores que merecen la enfermedad como juicio justo.

Gracias a Dios por el hermano Franklin Graham y todos los hermanos de “Samaritan’s Purse” que han tomado en serio esta epidemia y están haciendo lo que está a su alcance para resolver este problema global. En vez de juzgar, están para ayudar. Ofrecen esperanza en el nombre de Cristo no sólo para lo físico sino también en lo espiritual. Espero que el movimiento que se lanza en esta conferencia crezca y que de hoy en adelante se multiplique la obra de Dios para sanidad y santidad.

Les invito a abrir sus biblias al libro de Segundo Reyes capítulo 5 para ver cómo Dios obra para hacer su voluntad en pruebas y problemas de la enfermedad. Es una historia bien conocida pero una que ofrece principios que nos ayudarán en el desafío que enfrentamos hoy en día.

En vez de pretender que el SIDA no existe o evitar y juzgar a los infectados, nos toca estar listos a lo que Dios quiere que hagamos. Hay que responder al Creador soberano y al Sanador divino.

LISTOS PARA AYUDAR 2 Reyes 5:1-6

Era un tiempo de prosperidad en los reinos de Judá e Israel. En medio del éxito aparente, había muchas dificultades y enemigos listos para atacar y conquistar. El libro de Segundo Reyes cuenta la historia de Judá e Israel hasta las cautividades.

Después del traslado al cielo del gran hombre de Dios Elías, cuenta el ministerio de Eliseo que recibió el espíritu que estaba sobre Elías. Una de las historias más emocionantes es la de la curación de Naamán, general del ejército del rey de Siria.

Así como el SIDA de hoy, así era la lepra en tiempos del Antiguo Testamento. Era una enfermedad que impartió miedo a todos. No había remedio. Los afectados con esta plaga se sentían aislados de los demás y rechazados por la sociedad.

La posición elevada de Naamán no le protegió de la lepra. Era un hombre importante. Como “general del ejército del rey, era un varón grande delante de su señor y lo tenía en alta estima.”

Por medio de este hombre el país de Siria experimentaba “la salvación de Jehová.” Era hombre “valeroso en extremo.”

Informados del problema v. 1

La introducción del general Naamán es impresionante. Era un hombre de categoría. Tenía una posición de importancia y una reputación muy admirable. Sin embargo, todos los datos del versículo llegan a un fin triste con sólo dos palabras. La lista larga de su posición y su reputación se desvanece cuando uno lee las palabras “pero leproso.”

Este hombre tan importante en su país y respetado por toda la gente estaba afligido con la lepra. Uno puede sentir la tristeza y el dolor de este comentario tan breve. Se logra ver inmediatamente que la salud es una bendición que es de suma importancia. La verdad es que uno no piensa mucho en la salud hasta que la pierde.

Con una sola palabra se anula todo lo admirable de este hombre. La tragedia se hace sentir a través de la palabra “leproso.”

Hoy en día, la palabra “SIDA” da más o menos el mismo sentir. En parte es porque el SIDA, como la lepra en aquel entonces, es un misterio. A través de esas siglas, se ve la sombra de la muerte. No hay remedio. No hay esperanza. No hay salida.

Parte del problema queda en la ignorancia. No sabemos la causa. No aparece una cura. Pero sí hay información disponible pero poco conocida. Por esa razón esta conferencia es tan importante. Más que todo, al estar aquí recibimos datos importantes para conocer mejor lo que es el SIDA y lo que uno puede y no puede hacer para ayudar en la solución de este problema mundial. Damos gracias a Dios por los expertos que están dispuestos a informarnos.

Debemos saber cómo se transmite el SIDA. Afortunadamente, el virus inmunodeficiencia humana (VIH) sólo se puede transmitir de tres maneras... por las relaciones sexuales, por la sangre y al lactante por la madre infectada. Contrario a lo que muchos piensan, no se transmite por un contacto casual dándose la mano, tocándose o abrazándose, compartiendo vasos o tazas, tosiendo o estornudando. No se transmite por picaduras de insectos.

La transmisión del VIH por vía sexual puede prevenirse. Seguir el plan bíblico en el matrimonio y permanecer con un compañero fiel previene la transmisión sexual. Para los no casados, la respuesta es abstenerse de tener relaciones sexuales.

La transmisión del VIH por la sangre puede detenerse de varias maneras. Afortunadamente, la sangre destinada a transfusiones se puede analizar para detectar si está infectada por el VIH y desecharla en caso positivo. Así se hace en todas partes hoy en día. Las agujas hipodérmicas y otros instrumentos punzantes se pueden esterilizar. Los toxicómanos deben dejar de inyectarse drogas. Pero si persisten en hacerlo, tienen que dejar de usar agujas no esterilizadas.

El riesgo del SIDA no radica en quién es o en dónde se encuentre. Radica en lo que uno hace.

Pobre Naamán no tenía este escape con la lepra. Ya que la lepra atacaba a cualquiera. No dependía en quién era o en dónde se encontraba. Aun ese hombre de categoría salió infectado.

Involucrados en las posibilidades vv. 2-3

La salvación que Jehová dio a Siria a través de Naamán por medio de una muchacha cautiva del pueblo de Israel trajo también salvación para este general. Naamán la puso a trabajar en su casa. Esta muchacha,

mencionada sin nombre en el versículo dos, servía a la mujer de Naamán. La admiramos por su preocupación por el bienestar de su amo. No sólo completaba sus quehaceres sin fijarse en Naamán y su esposa. Esta muchacha es la persona clave en lo que sucedería.

La muchacha dijo a su señora, “Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra.” Lo dijo con confianza. Esta chica tenía fe en lo que Dios podía hacer por medio del profeta Eliseo. Ella había visto los milagros del Señor y expresó su fe en el poder de lo alto.

Me da pena que nos quedemos callados al encontrarnos con los que sufren con el SIDA. Peor todavía, si decimos algo es para juzgar a “estos malvados que merecen sufrir por su promiscuidad sexual.”

Ahora bien, pecado es pecado. No es juicio nuestro. Dios condena el pecado. Tenemos que recordar que “...todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”(Romanos 3:23). Nos toca verlos en la esclavitud del pecado y llevarlos a los pies de Cristo que limpia de todo pecado.

Además, el SIDA ha llegado a algunos que están metidos en la promiscuidad sexual. Recuerdo bien el día cuando una de las hermanas del coro en que cantaba su servidor en nuestra iglesia en Dallas, Tejas, me dijo que su esposo tenía el SIDA. En los tiempos en que los del hospital no tenían la costumbre de analizar la sangre destinada a transfusiones, inyectaron a su esposo con sangre contaminada. Por un buen tiempo, no sabían por qué no se levantó de la cirugía. Al fin, se dieron cuenta de lo que había pasado. Su esposo se puso mal de salud y al fin murió. Sin saber la historia, muchos hermanos lo veían como un gran pecador. En vez de dar consolación, lo juzgaban sin causa.

Es importante que busquemos soluciones a cualquier dificultad y prueba. Que seamos creyentes que demuestren fe y confianza en lo que Dios pueda hacer. Como la muchacha, que enfoquemos en el Señor y su poder, no en las dificultades y desesperanza.

Identificados con la promesa vv. 4-6

La muchacha tenía una influencia profunda. De inmediato, su señora habló con su esposo y Naamán habló con el rey. Me encanta ver como el testimonio bien dicho de una sierva esclava llega al hombre de mayor influencia en el país.

El testimonio de la muchacha resultó en acción positiva. El rey de Siria dijo, “Anda, vé, y yo enviaré cartas al rey de Israel.” Por edicto real, Naamán salió de viaje para hallar la salud prometida. No hizo su viaje sin preparación. Llevaba consigo “diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de vestidos.” Si se pudiera comprar la salud, Naamán estaba bien preparado. Así pasa hoy en día. La gente enferma está dispuesta a pagar todo lo que pueda y aún más que pueda para recibir alivio.

Lo bonito es ver como respondieron la señora, Naamán, y el rey. Se identificaron con la promesa presentada por una humilde sirvienta. Aunque hablaba de un profeta en Israel, el rey de Siria mandó al general de su ejército directamente al rey de Israel. El testimonio de la muchacha llega a los reyes de dos naciones.

Claro que ante un problema tan grande como el SIDA nos sentimos débiles. Si los médicos no pueden hallar una respuesta, ¿quién soy yo para proponer algo? Son los problemas sin respuesta que ofrecen las mejores oportunidades para un testimonio de fe en nuestro Rey de reyes. Como dice el corito, “No hay imposible para Dios. No lo hay.”

En vez de correr del problema del SIDA, los que formamos el cuerpo de Cristo debemos ver las oportunidades de dar gran testimonio de la salvación y la salud que Dios puede dar. Aun los que están metidos en la homosexualidad deben ver la diferencia del trato que proporcionan los que tienen la fe en Cristo. Debemos ofrecer el amor de Cristo y la esperanza que hay en él.

Cuando era misionero en España, ayudaba en el ministerio de la Juventud Con Una Misión. El grupo de jóvenes evangélicos abrió una casa de café en Torrejón, una de las aldeas de Madrid. En muchas ocasiones visitaba esta casa llena de inconversos invitados por los evangélicos. Cada vez me invitaban a dar un breve mensaje y siempre hacía la invitación de responder al evangelio. No recuerdo ni una sola vez en que nadie haya respondido. Generalmente varios ponían su fe en Cristo en esos encuentros.

Recuerdo una vez en que un joven muy afligido puso su fe en Cristo. Como era mi costumbre, yo lo animaba por teléfono y le hacía visitas con el fin de animarle a seguir adelante con el Señor. Unos tres meses después de poner su fe en el Salvador, el joven me contó que era homosexual. Me dijo que no quería revelar eso por un buen tiempo porque quería ver si en verdad Dios podía cambiar su vida y librarle de ese estilo de vida. Dios obró. Él fue librado de la homosexualidad alabando al Señor.

Tengo que confesar que estaba agradecido con Dios que este joven no me había confesado su problema al inicio. Seguramente hubiera sido un obstáculo en nuestra amistad. Al tener más confianza entre nosotros, pude aceptar su confesión sin asustarme o hacer algún juicio. Aprendí una lección importante: no aceptamos a otros por lo que son sino por lo que pueden ser en Cristo.

LISTOS PARA ACTUAR vv. 7-12

Visión sin acción no es visión, es un sueño. Debemos actuar. Tenemos que hacer lo que podamos para enfrentar el problema del SIDA. No basta cruzar los brazos y esperar que el gobierno resuelva todo. No esperemos que los médicos hallen la manera de controlar la epidemia que ha llegado a todas partes del mundo.

En la historia de Naamán se encuentran principios que nos enseñan cómo debemos actuar.

Rechazar el miedo v. 7

El rey de Israel no entendió el deseo admirable que el rey de Siria había expresado en su carta. “Luego que el rey de Israel leyó las cartas, rasgó sus vestidos, y dijo: ¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que éste envíe a mí a que sane un hombre de su lepra?”

El rey entendía bien que la petición expresada en la carta era imposible. Como me dijo mi hermano médico, “No podemos sanar a nadie.” Con razón el rey de Israel estaba bien afligido. Tan afligido que rasgó sus vestidos. Enfrentar lo imposible no es una cosa que nos agrada. Si es algo que podemos hacer, bien. Pero cuando alguien pide lo que no podemos hacer, es una frustración.

En este caso, el rey de Israel estaba convencido que la carta era nada más una trampa. Dijo, “Considerad ahora, y ved cómo busca ocasión contra mí.” Pensaba que el rey de Siria estaba al punto de declarar guerra. En vez de ver la carta como una petición, la vio como una provocación y como ya hemos visto, Jehová había dado a Siria la victoria. Siria era una nación poderosa. El pobre rey de Israel tenía miedo y con mucha razón.

Creo que la reacción más común contra el SIDA es el miedo. Mal informados, hay los que piensan que la solución es poner a todos los infectados en cuarentena. Hasta dicen que deben estar en la cárcel.

En vez de responder con miedo debemos expresar el amor de Cristo. La Biblia dice, “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo” (1 Juan 4:18).

Debemos pedir al Señor que nos quite el miedo y ponga en su lugar su amor. Claro, no aceptamos el pecado. Pecado es pecado. Pero sí queremos alcanzar a todos con la salud de la salvación. Así como Dios amó al mundo, así nos toca amar a todos los hombres, con el fin de que puedan hallar la única respuesta a un problema que es verdaderamente imposible sin Dios.

Renovar la fe vv. 8-10

La muchacha en la casa de Naamán no había hablado del rey de Israel sino del profeta que estaba en Samaria. Menos mal que divulgaba la noticia de la visita de Naamán y de la manera en que el rey de Israel estaba afligido por la carta que Naamán llevaba. Llegó esta información al profeta Eliseo.

De inmediato, Eliseo envió a decir al rey: “¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel.” Se describe a Eliseo como “el varón de Dios.” Allí radica la diferencia. Mientras el rey se quedaba con miedo, Eliseo confiaba en Dios.

En vez de poner la confianza en el gobierno y en los médicos, tenemos que confiar en el Señor. Estamos agradecidos por los que trabajan con diligencia para informar al público, establecer procedimientos lógicos, y hallar medicamentos. Pero la iglesia tiene un puesto aun más importante. Nos toca ser hombres y mujeres de Dios que demostremos la fe y ofrecemos esperanza.

Aunque Eliseo invitó al rey a visitarle, fue Naamán quien llegó a su casa con sus caballos y con su carro. Se paró el pobre enfermo a las puertas de la casa de Eliseo ya que los leprosos no tenían permiso para entrar a la casa de otro.

Eliseo envió a un mensajero con instrucciones para Naamán. “Vé y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio.” Se nota más tarde en el pasaje que esa no era la respuesta que Naamán esperaba. Es igual hoy en día. Hay muchos que esperan que algún hombre de Dios, famoso por su don de sanidad, toque al enfermo, ofrezca unos gritos al cielo, y de repente, el enfermo salga saltando de alegría por su sanidad. Buscan un gran espectáculo.

Dios tiene su propia manera de obrar y muchas veces no se ajusta a lo que esperamos. No sabemos en realidad, la cantidad de personas que sufren del SIDA. Triste es ver a los niños huérfanos por esta plaga. Más triste todavía ver a niños infectados por el SIDA. Es una cadena espantosa. El niño se infecta por su madre y su madre sufrió la enfermedad porque su esposo ha sido un libertino sexual. No es siempre así pero lastimosamente es lo más común. Dicen que “cada dos minutos que transcurren, una mujer en el mundo se infecta con el virus del SIDA.”

Hay que llevar la luz del evangelio a este cuadro tan oscuro. En lugar de la desesperación ofrecemos la fe. Hoy en día y en la eternidad, la sanidad de Dios comienza adentro y afecta cada aspecto de la vida. Confiamos en el Señor y en su buena voluntad. En amor, hacemos todo lo posible para aliviar los efectos de la enfermedad y de librar a cada miembro de la familia de la esclavitud en que se encuentren. Tenemos que ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt. 5:13-14).

No es sólo predicar a los afectados o dejar un tratado. La Biblia dice, “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16). Nos toca servir y, si hacemos lo que el Señor indica, es para la gloria de Dios.

Remover la duda vv. 11-12

Naamán se fue enojado. Esperaba la intervención directa del profeta. No pensaba entrar en la casa de Eliseo pero sí que Eliseo saliera de su hogar e invocara el nombre de Jehová su Dios con la mano alzada. Esperaba el toque de sanidad. No podía creer la instrucción tonta de ir al río Jordán para bañarse. Aun más, Eliseo había dicho que tenía que lavarse siete veces.

“Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿No son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio?” Naamán no era tonto. Eliseo había dado instrucciones ridículas. Si uno tiene que lavarse no va al río donde casi no hay agua y el agua que haya está llena del lodo. Con razón Naamán se fue enfadado.

Hablar de servir a los enfermos y sus familias afectadas por el SIDA parece un poco tonto. ¿Por qué meternos en el lodo del mundo y ensuciarnos con estos problemas?

Las dudas siguen. Pero, como Naamán, nos toca ver que los planes de Dios no son los nuestros. Aunque no nos parece muy lógico, es importante ser fiel a lo que el Señor dicta. La iglesia tiene que actuar. Tenemos que responder según la perfecta voluntad de Dios

Dejemos el miedo. Salgamos de las dudas. Vayamos adelante con la fe. Confiemos en el Señor. Obedezcamos con fidelidad.

LISTOS PARA ALABAR vv. 13-19

El fin de la historia de Naamán es maravilloso. Lo que una muchacha había dicho de paso en la casa donde trabajaba en Siria resultó en victoria increíble. Cuando hacemos lo que Dios manda, siempre sirve de bendición para todos y para gloria de su nombre.

Experimentar el poder de Dios vv. 13-14

Gracias a Dios por los criados de Naamán. La historia comenzó con una criada y termina con los siervos que acompañaban al general. Muchas veces, los de categoría dependen de la sabiduría de los humildes. En parte fue orgullo lo que atacó a Naamán al rehusarse en seguir las instrucciones que Eliseo le había dado.

Los criados se le acercaron a su amo. “Si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?” Su comentario es tan lógico. Seguramente Naamán se dio cuenta que hubiera respondido a algo más complicado pero por la sencillez del mandamiento no estaba dispuesto a responder.

Por lo menos valdría la pena probar este ejercicio. Naamán descendió al río Jordán y se zambulló siete veces conforme a la palabra del varón de Dios. Milagro de milagros, Naamán experimentó la sanidad completa. Me encanta lo que dice la Biblia, “Su carne se volvió como la carne de un niño, quedó limpio.” No sólo vio la limpieza de su lepra sino que vio su piel transformada como la de bebé. Cuando Dios hace algo, lo hace muy, muy bien.

Aunque no parezca lógico, si una persona sigue lo que Dios manda, siempre recibe la bendición que sólo Dios puede dar. Es maravilloso ver el poder de Dios.

El SIDA es una enfermedad misteriosa. Aunque no podemos ofrecer la garantía de la sanidad física, sí podemos ver la mano de Dios en acción en la vida de cada persona que sigue su dirección. Hay infectados

que están dispuestos a viajar dondequiera y a hacer todo lo posible para hallar la respuesta, pero nadie les ofrece las palabras de vida que se encuentran en la palabra de Dios. El mensaje sencillo de Cristo puede servir como agua refrescante al alma sedienta.

Exhibir la provisión de Dios vv. 15-16

Al ver el poder de Dios en sanar su enfermedad, Naamán reconoció que Jehová lo sanó. Dijo, “He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel.” De inmediato, vio la diferencia entre el Señor soberano y los dioses y los ídolos de su país.

El general estaba tan agradecido que nuevamente llegó con sus compañeros para en una forma tangible expresar su gratitud a Eliseo. “Te ruego que recibas algún presente de tu siervo,” Naamán dijo. Por eso llevaba bastantes riquezas de plata, oro y vestidos para ofrecerle.

Es sorprendente oír a Eliseo decir, “Vive Jehová, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré.” Con el Señor mismo como testigo, el varón de Dios rehusó los regalos. No tenía interés en recibir ganancia material por lo que Dios en su poder había hecho. Y aunque Naamán insistía, Eliseo no quiso recibir nada.

En la crisis del SIDA, los voluntarios de la iglesia que ofrecen ayuda no esperan recompensa. Lo hacen en el amor de Cristo y confían en el Señor para proveer lo que necesiten. Tienen la confianza que Dios siempre cuida de los que andan en sus pasos.

Es incorrecto esperar ganancia por lo que Dios hace. Así como esperamos la intervención del Señor en satisfacer las necesidades del enfermo y en la transformación espiritual por medio de la salvación en Cristo, así debemos confiar en la provisión de Dios para todo lo demás. No sigamos los pasos del criado de Eliseo. Giezi se aprovechó de la generosidad de Naamán pero salió juzgado por su avaricia y vida mentirosa. Giezi salió leproso (2 Reyes 5:20-27). Es serio jugar con Dios.

Expresar la preeminencia de Dios vv. 17-19

Se nota un gran cambio en la vida de Naamán. De una forma profunda, reconoció la preeminencia de Jehová. Pensando que era necesario dar alabanza al Dios omnipotente en tierra de Israel, pidió permiso para llevar una carga de tierra israelita en un par de mulas. Y como tenía que acompañar al rey de Siria en el templo de Rimón para la adoración de este dios pagano, pidió disculpas. “Cuando haga tal,” dijo Naamán, “Jehová perdone en esto a tu siervo.”

Naamán salió sanado pero, aún más, llegó a ser un seguidor fiel de Jehová. Seguía con sus obligaciones en Siria pero con un nuevo corazón y un nuevo propósito para su vida. Iba para servir al Señor de los señores y el Rey de reyes.

En distintas épocas, el mundo ha experimentado enfermedades que casi han destruido a la humanidad. Basta recordar la terrible peste que asoló a Europa en los siglos XIV y XV. Esa peste causó la muerte de 25 a 30 millones de personas. Posteriormente se llegaron a conocer los efectos devastadores del cáncer, la tuberculosis y el cólera. Sin embargo, a la generación de la actualidad nos ha tocado enfrentar tal vez a la más terrible enfermedad que ha atacado al hombre. Por la alta incidencia de contagio en los grupos de riesgo, por la fatalidad de miles de personas y por no existir un tratamiento adecuado, el SIDA es el flagelo del siglo XX.

Pero no debemos quitar la mirada de lo alto. Lo que es imposible para el hombre es posible con Dios. El Señor quiere usar a la iglesia en esta crisis para llevar salud divina en medio del desastre de la plaga. La

luz de Cristo se ve más brillante en días oscuros. Dios es soberano. Cuando las defensas bajan por el ataque del virus de inmunodeficiencia humana, también las defensas contra el evangelio bajan. Nos toca llenar el vacío con el amor de Cristo y el mensaje de vida en el Salvador.

Espero que salgamos de esta conferencia más informados y con la convicción de hacer más para aliviar el sufrimiento que el SIDA presenta hoy en día. Nos toca llenar las necesidades prácticas que los infectados y sus familias experimentan. Podemos facilitar comunicación y reconciliación entre los miembros de la familia y proveer consejo y consuelo.

Cada iglesia debe desarrollar principios bíblicos para guiar a sus miembros y trazar un plan de acción para enfrentar las necesidades que el SIDA presenta. "...la prueba de vuestra fe produce paciencia, mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna" (Santiago 1:3-4).

Usado con permiso.

ObreroFiel.com - Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.

